



GASTÓN BAQUERO



Vicente Huidobro

Chileno (1893-1948)

Si no se tratara de un gran poeta, cabría aquí, como en parte alguna, acudir a la vulgaridad de «el que nos trajo las gallinas». Se olvida, o se quiere olvidar mucho, a Vicente Huidobro cuando se habla de la actual poesía hispanoamericana, soslayando los hechos incontrovertibles de su bibliografía y del valor de ésta. Sea por el camino de Francia, y a hombros de Apollinaire, sea por el camino de su propia adaptación de lo que en Francia recién apuntaba, Huidobro fue el portador de las noticias más refrescantes y convulsionadoras en materia de poesía. Lo que se debe a su poema *Altazor* es casi imposible de medir, ya que son tantas las ramificaciones y proles nacidas de ese grandioso ejercicio de doma de las palabras y de evocación de poesía auténtica, que bastaría con afirmar que no es justo escribir una historia de la poesía hispanoamericana (y aquí la palabra incluye, desde luego, sus dos

términos geográficos), sin recordar que hay un antes y un después de Huidobro.

El hecho de que muchas de las fórmulas puestas en movimiento por él para beneficio de nuestros territorios sirviesen para que muchos idiotas pretendiesen ser poetas por el solo motivo de escribir con minúsculas y de colocar las palabras descompuestas en letras verticalmente situadas, no quita grandeza, ni significación, ni valor a la obra precursora de Huidobro. Siempre hay imitadores de Picasso, de Miró, de Strawinsky, que hacen tantas tonterías y superficialidades que acaban por teñir de su insignificancia y de su insinceridad a todo el arte o a todo el maestro que imitan. Al fin de un proceso creador que está lleno de originalidad, hay que detenerse a desbrozar, a desmalezar los bosques formados en torno de los grandes por la muchedumbre de parásitos que pretenden -162- ser ellos los verdaderos intérpretes y hasta los creadores originales. Así ocurrió con Vicente Huidobro en España y en América. Aparecieron tantos tontos descoyuntando el lenguaje, pero sin la menor carga poética, sin sombra de lirismo, que las buenas gentes dieron en pensar que todo aquello era obra de saltimbanquis, de señores que, no sabiendo escribir «como Dios manda», escribían como mandaba Huidobro.

El tiempo es aquí el gran juez. Ahora se ha separado del trigo toda la paja, y queda en pie quien debió estarlo siempre. El autor de *Horizon Carre* (1917), de *Altazor*, de tantos indispensables en la geografía lírica de Hispanoamérica, sigue siendo el dueño del santo y seña, de la palabra de pase para la actitud contemporánea ante la poesía. No se trataba ya tan sólo de renovaciones como la significada por el modernismo. Se trataba de volver del revés el guante del poema -recordemos a Reverdy-, de mirar la entraña del menester poético y de acercarse, por fin, a una expresión que no se cimentaba en lo sentimental, ni en lo formal estético, sino en la búsqueda de la poesía en sí, de la poesía a secas. Huidobro enseñó los procedimientos, desde los elementales hasta los trascendentales. Avisó de que el misterio poético está siempre al volver de la esquina, o al volver del verso, y que frecuentemente basta con dar un pequeño giro a un verso o a una estrofa, para transformarla en una fuente de poesía. Así, aquellos versos de Espronceda: «La luna en la mar riela, -en la lona gime

el viento...», él los trastocaba diciendo: «La lona en el mar riela,- en la luna gime el viento...», y ya bastaba para sentir que esa lona luminosa y esa luna gemidora, pertenecían a un mundo bien distinto del que les asignara Espronceda.

Ese procedimiento de la inversión de la realidad habitual, del lugar común, abría el camino de la poesía. Hasta entonces fueron muy pocos los que osaron dar un papirotazo a lo habitual para que echase a andar el poema encerrado y oprimido. Al que siempre decía: «el árbol, cubierto de frutos, -el cielo, cubierto de estrechas», se le enseñaba que lo más jugoso es siempre el revés: «el árbol, cubierto de estrellas,- el cielo, cubierto de frutos». Cuando después Huidobro llevó a cabo la hazaña de escribir *Mío Cid Campeador*, hace que el héroe diga: «Jimena no era una belleza griega, era una belleza española. No tenía cuerpo de palmera, ni cuello de cisne, ni manos de lirio, ni nariz perfilada, ni labios de coral, ni ojos de lagos nocturnos. ¡Qué sandios sois los poetas! ¿Por qué -163- comparáis a la mujer con todas esas cosas? ¿Habéis visto algo más hermoso que una mujer hermosa? ¿Por qué no comparáis más bien esas cosas con una mujer? Ya sería algo mejor. Decid que una palmera tenía cuerpo de mujer, hablad de un cuello de cisne hermoso como un cuello de mujer, hablad de un trozo de coral como unos labios de mujer».

¡Qué sencillo parece cuando ya está explicado por el poeta! Sin embargo, en esa fórmula inicial está la abjuración de los lugares comunes, la limpieza de esas telarañas que obstruyen el cerebro de tantos inclinados a escribir poesía como una simple reiteración de los aburridos y resobados conceptos cotidianos. Lo sabido ya está sabido; lo que hay que aprender es lo otro. Y es el poeta quien enseña lo otro, lo inesperado, lo inaudito, lo invisible hasta entonces.

Huidobro abrió las ventanas, sacudió los muebles vetustos, echó fuera el polvo de las últimas melenas versalleras. Las duquesas que no acababan de coger el compás de Darío, huyeron ante la guillotina de las metáforas, ante la revolución de las palabras. Ya podían venir todos los otros, porque las rejas de la cárcel quedaban abiertas.

Esto hizo Vicente Huidobro. Y como si ello fuera poco, un día se sentó, llamó a lo profundo de su origen, tropezó con la roca de España, y escribió uno de los monumentos de la sensibilidad y de la belleza literaria en nuestro idioma y para cualquier tiempo: *Mío Cid Campeador*. Yo me resisto a pensar que haya un solo joven español que no haya bebido en este libro las auras del Cid. Lo publicó Huidobro aquí, en España, hace treinta años. Él, considerado por muchos como un siervo del espíritu francés, como un afrancesado en el peor sentido de la palabra, elevó el himno al de Vivar, y cantó a España como pocos la han cantado, españoles o extranjeros. Fue este poeta quien puso en boca del Cid moribundo estas palabras:

«Cuando se hable contra España, no hagáis caso, España, en medio de todas sus desgracias, será el país más grande de la tierra. Yo os lo digo ante la muerte... España hará redondo al mundo».

1959.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

